

Prólogo

Septiembre de 1827, en algún lugar del estado de Nueva York.

Lo había conseguido. Aunque el padre de su amada había puesto reticencias, había conseguido su permiso para casarse con ella. Y ahí estaban los dos, en la pequeña parroquia de su pequeña comunidad. Enfrente el párroco estaba pronunciando unas palabras que apenas llegaban a sus oídos, ya que solo tenía capacidad para prestar atención a la más bella de las mujeres, la más dulce, la única a la que había amado. La única a la que amaría.

—Sí, quiero.

—Puede besar a la novia.

Fue lo único que escuchó. Una vez salió de sus labios aquel monosílabo se sintió pletórico, ya era suya. En cuerpo y alma. Esta noche unirían sus cuerpos, otorgándole plena validez a su unión.

Ella era tan pura como el agua que baja fresca de los arroyos en las montañas. Él tenía alguna ligera idea de lo que tenía que hacer y estaba deseoso de hacerlo.

Cuando por fin llegó el momento, los dos solos en la pequeña cabaña de madera que él mismo había construido para que formaran su hogar, se acercó a ella y con todo el cuidado del mundo la besó. Empezó con un dulce y casto beso, hasta que ella enlazó las manos en su cuello y gimió rogándole más, más pasión, más unión, más cercanía. La ayudó a deshacerse de su pesada falda. Deshizo las ligaduras de su corsé, dejándola solamente con aquel pequeño y fino camión blanco de algodón. Ella por su parte también se deshizo de su cobardía y de su timidez, ya que se encontraba ante el amor de su vida.

Varios habían sido los chicos que la habían pretendido, y alguno con más posibilidades económicas que su querido Henry, al que su padre no quería entregar. Hasta que finalmente ella sentenció que o se casaba con Henry o se ahorcaría en el primer árbol del camino que llevaba a casa de sus padres. Su padre, aun considerándose un hombre firme en sus decisiones y buscando siempre lo mejor para sus cuatro

hijas, supo que la más pequeña de todas, su Catherine, su tozuda y tenaz hija, sería capaz de cometer aquel pecado si no la entregaba al hombre del cual se había enamorado. Un pobre leñador, con una sola vaca y dos cerdos, que no tenía más tierras que las que había heredado de su desaparecida familia, en las que solo había una cuadra y la pequeña cabaña que él mismo había construido antes de ir a pedirle su mano. Esto último lo hizo para poder decirle a su padre que tenía un lugar donde cobijar a su hija y a sus futuros nietos.

Sus manos temblorosas fueron desabrochando los pocos botones de su camisa hasta que la temperatura de la piel de uno se unió con la piel del otro. Así cayeron sobre la pequeña cama con colchón de pelo de coco y lana, y las sencillas pero limpias sábanas blancas que su madre le había regalado para su ajuar. Los momentos más íntimos no tardaron en llegar. Ella, dentro de su inocencia, se dejó hacer sin apartar las manos del cuerpo de su amado. El cuerpo de Henry estaba sobre el tierno y cálido cuerpo de Catherine cuando ella se percató de que el feliz momento de entregarle su más preciado bien había llegado. Él sostuvo su peso sobre los codos, encajó la cabeza en el cuello de ella y, después de llenarla de dulces besos, aspiró hondo el aroma que desprendía su amada en aquel pequeño punto debajo de su oreja, y así llenó sus pulmones con su esencia mientras ella se llenaba de... su amor.

Siempre, en cada unión, el amante esposo inspiraba su olor antes de penetrarla. A ella le encantaba aquel gesto y él era el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra entregándose totalmente a su mujer.

Trabajando duro consiguió ampliar su pequeña cabaña, pronto nacería su primer hijo. Llevaban casi un año casados y todos los días disfrutaban de su amor. Después de trabajar, él salía de su pequeña choza, en la que tallaba las más bellas maderas para las grandes casas que se construían en los alrededores. Era el mejor ebanista de toda la zona, le llegaban los encargos desde varios kilómetros. Ella se encargaba de la casa, de alimentar a los animales y de su jardín. Sobre todo, de dibujar con sus pinceles prados, bosques y las flores de su jardín. Era su mayor ocupación. A veces sin que Henry se diera cuenta lo miraba desde la ventana trasera y lo dibujaba mientras él estaba tallando algún mueble.

Era el momento perfecto para los dos. Ambos deseaban que cayera la noche para asearse después de un largo día y entregarse completamente al otro.

En el pequeño pueblo los cuchicheos iban y venían. Todos sabían que el amor entre Henry y Catherine era algo especial y que ninguna otra pareja conocida del lugar era, ni de lejos, como la que formaban ellos dos. Los rodeaba un áurea de felicidad, luminosa y transparente que parecía cegar a los demás.

Mayo de 1830

Despertó de repente con un terrible estruendo y tosiendo ante la cantidad paralizante de humo que había en su pequeña alcoba. Saltó de la cama a la vez que ella despertaba tosiendo y llevándose las manos a la boca.

—¿Qué pasa, Henry? ¡Dios mío, los niños!

Él salió corriendo escaleras arriba para ver de dónde salía aquel humo. El crepitar del fuego le llevó hasta el lugar correcto: la planta donde dormía su hijo mayor que ahora tenía casi dos años. La pequeña Jane dormía en el dormitorio de sus padres, ya que demandaba comida cada pocas horas durante la noche, lo normal con sus dos meses de vida.

Catherine salió corriendo con la pequeña en brazos y escuchó lo peor que podría escuchar una madre: a su pequeño hijo llorando dentro de la habitación detrás de las llamas. Sin pensarlo dos veces le puso a la niña en los brazos a su amado y se deslizó entre medio de las dos vigas que habían caído del techo ante el fuego. Henry intentó hacerlo primero, pero era demasiado grande para pasar entre aquellas y estas demasiado pesadas como para poder moverlas.

—¡No lo hagas, mi amor! —gritó él, en vano.

—¿No lo estás escuchando? ¡¡No puedo dejarlo ahí!! —dijo ella, sin mirar atrás, mientras pasaba por debajo de las dos largas maderas.

—Espera abajo, saltaremos por la ventana.

Él salió de la casa. Bajó tan rápido como pudo y en contra de su voluntad, por dejar allí dentro a dos trozos de su alma, su primogénito y su amada esposa.

Esperó bajo la ventana del dormitorio del pequeño lo que le pareció una eternidad, hasta que por fin vio la pequeña cara de su hijo y las manos de ella. Cógelo, escuchó antes de ver caer al pequeño los poco más de dos metros que había en aquella parte de la casa. Lo cogió con sus fuertes y duras manos, y lo calmó pegado a su pecho, mientras no quitaba la vista de la ventana por la que tenía que saltar ahora su Catherine.

De repente un estruendo hizo temer lo peor. El techo de la casa cedió y las llamas comenzaron a salir por la parte alta de la casa. Fue lo único que salió. Las llamas y un grito que hizo temblar el mismo cielo y la tierra, cuando Henry comprendió que su amada no podría ya salir de allí con vida.

Nunca volvió a estar con ninguna mujer. Tuvo una larga vida hasta los setenta y seis años, cuando en el lecho de su muerte dijo ante sus hijos ya mayores:

—Mi amor, ya vamos a estar juntos de nuevo. Te buscaré y te encontraré, así muera mil veces antes de lograrlo.

CHOCOLATE

Septiembre de 2015

Iba en el vagón de metro que menos me gustaba, el repleto de pasajeros hasta las barras, todos apretujados.

Percibía claramente los olores que me rodeaban, era el sentido que más desarrollado tenía. Los olores podían transportarme a muchos lugares: campo, playa, bosque, montañas... estercoleros... Sí, en este caso había por allí cerca alguno que trabajaba en una granja y se había pasado por el forro la ducha, ya no de la mañana, ni de la noche anterior, sino la de tooooda la semana, ¡por lo menos!

Decidí ponerme los cascos como pude, ya que no tenía mucho sitio para mover libremente los brazos de abajo arriba y poner en marcha la lista de Spotify que quería escoger.

“Favoritos” en esa la lista tenía de todo, y cuando digo todo es literal. Al igual que Grey, también tenía unos gustos eclécticos: desde Beyoncé o Bob Marley a Metallica, pasando por The Cranberries, Coldplay, Amy Winehouse, alguna rumba y alguna banda sonora de alguna película y serie de televisión.

Por fin, la parada en la que medio se vacía el vagón, ¡y sí! Justo detrás de mí se levantan tres personas, por lo que me espabilo en sentarme. Todavía me quedan algunas paradas y ya estoy cansada, después de estar todo el día de pie. Miro por encima y entre los pasajeros no hay ninguna persona mayor que necesite sentarse.

Me siento en el sitio que está más cercano a la puerta para poder salir cuando llegue a mi parada. Los otros dos asientos se ocupan al momento, ni me molesto en ver por quién.

Abro el bolso y saco mi ejemplar de *Real* de Katy Evans. Me tiene enganchada, bueno muy enganchada. La historia entre Remy y Brooke... Mmmm... Remy, Remy, si yo te viera por aquí...

Spotify y su sistema aleatorio han decidido que suene Chocolate de Kylie Minogue... apropiado para la lectura. Sigo leyendo completamente ajena a los movimientos del vagón, al resto de pasajeros, a la vida en general, hasta que de pronto noto en mi hombro derecho un poco más de calor.

Me molesto porque me parece una falta de respeto y de educación mirar tan descaradamente la lectura de otra persona y más rozándose así.

Giro la cabeza, molesta por la intromisión en mi lectura, para encontrarme con él.

¡Diossss! Si Remy existe, es este pedazo de moreno de ojos azul turquesa, rasgados y rodeados por unas pestañas negras que me dejan sin respiración.

Todo lo que tenía pensado decir desaparece de mi mente en cero coma y me quedo pasmada, mirándolo fijamente, con su nariz cerca de la mía, viendo cómo sus ojos están clavados en el texto de mi libro.

De repente, levanta la mirada y sostiene la mía. En ese momento diviso un movimiento en unos carnosos labios que empiezan a levantar sus comisuras para acabar siendo una sonrisa, que Oh My God qué sonrisa. Y ese hoyuelo en la barbilla... Es como Henry Cavill.

Automáticamente mi mente, lenta y espesa por momentos, recuerda qué estaba leyendo, y que los protagonistas lo estaban pasando muy, pero que muy bien.

Empiezo a notar mis mejillas un par de grados por encima de la temperatura natural de un cuerpo vivo y sano. Sin saber cómo, mis labios se elevan en contra de mi voluntad, y le devuelven la sonrisa con un movimiento de cejas que significa: "Sí, se lo están montando muy pero que muy bien, y me has pillado con mi lectura erótica."

—Es lo que hay... —le digo mirándolo con un movimiento de cejas y encogiéndome de hombros.

—Que lo disfrutes, morena.

Me suelta la frase, se levanta sin apartar su penetrante mirada y sin dejar que esos labios deshagan la preciosa sonrisa, se acerca a las puertas y me guiña un ojo mientras se apea del tren. Me he encontrado con Superman en el metro de Nueva York y he mojado las bragas, literalmente. Y esa voz, Dios mío, ¡qué voz tan perturbadora!

Yo, todavía con los unicornios de crines rosas, lilas, verdes y amarillas saltando de nube en nube dentro de mi cabeza, giro cuando el tren comienza a moverse y me fijo bien en él: alto, más de metro noventa, espalda fuerte y musculosa, cuello de acero y brazos para rodearse en ellos y no salir ni para respirar. Lleva un pantalón tejanero corto desgastado y una camiseta de tiras blancas que resalta su piel morena.

Y así es como me quedo, sin respirar, mirando como sube las escaleras hacia la calle.

Me repongo como puedo, cojo el libro que he soltado en su asiento e intento seguir leyendo.

Intento, porque ahora, la cara que veo en el personaje de mi lectura es la de este hombre que me ha dejado sin respiración y cuatro grados más en el cuerpo.

Y sin poder evitarlo me imagino a la protagonista con mi cara, en ese encuentro sexual del cual están disfrutando ello. Me deshago por estar entre sus brazos y sentirme como se siente Brooke en los brazos de Remy.

—Que sí, Alba. Te prometo que me apunto y no fallo ni un día.

—Eso espero, porque ya he reservado hora para las dos en clase de zumba y aqua zumba.

—Zumba y aqua zumba, ¿no es lo mismo?

—No, tonta, uno es fuera del agua y el otro dentro. Probaremos las dos a ver cuál te gusta más y así me aseguro que vendrás y no me dejarás tirada.

—Ok. Lo que tú digas, cansina —digo resignada.

—Me quieres y lo sabes.

—Y tú también lo sabes, si no no me harías lo que me haces siempre, engatusadora. Por cierto, ¿qué línea tengo que coger y en qué parada me bajo? Ya sabes que todavía no domino los trayectos.

—La roja y te bajas en Canal St.. Yo te estaré esperando fuera.

—¡Hasta luego, corazón!

—¡Muuuaks!

Y una vez más me veo haciendo algo, no muy convencida, gracias a mi querida Alba, amiga, hermana, prima, *todapersona conocida en Nueva York a horamismo* para mí.

Hace dos semanas que he llegado a la Gran Manzana, sola completamente.

Sola, con mis libros, mis fotos, mi música y muchas ganas de que este sea EL AÑO, en mayúsculas.

Con veintisiete años estaba harta de estar en casa de mis padres, a los que adoro, pero me saturan, lo que se dice saturar, muy mucho.

Nunca había volado lejos del nido y ahora no puedo estar más alejada.

No me he marchado por falta de amor familiar. La relación con mis padres no era perfecta, pero tampoco mala. Pareja no tengo desde hace más de un año, aunque ese es otro tema. Trabajaba para una agencia como fotógrafa hasta que me cansé de aguantar todas las putadas que me hicieron: me despedí hace cinco meses. Necesitaba un cambio radical en mi vida.

Y gracias a la nueva dependienta de la papelería, que solía visitar en mi ciudad natal, me tocó una primitiva... Todavía no me lo creo, muy poca gente lo sabe. Y digo gracias a ella porque yo nunca he comprado lotería ni he hecho una quiniela (no me gusta el fútbol ni lo entiendo, como para hacer una quiniela).

Sandra, que así se llama la dependienta, después de cobrarme el libro que había escogido me ofreció probar suerte. Supongo que se sintió en la obligación de intentar venderme algo más al estar delante su jefa, una mujer metomentodo, observando todos sus movimientos.

Cuando llegué a casa dejé el recibo de la apuesta encima del mueble del comedor de mis padres. El día que recibí la histérica llamada de mi madre diciendo que nos había tocado la lotería no podré olvidarlo jamás.

Ahí empecé a ver la luz que necesitaba para realizar todos los cambios en mi vida.

De eso hace tres meses y ahora empiezo a disfrutar de mi libertad. Me gusta mi independencia, no sentirme atada a nada ni a nadie. Quiero a mi familia, me gusta disfrutar de ella, pero ahora siento que es mi momento. Tengo que disfrutar de la vida, de mí misma y lo voy a hacer.

Desde que tengo uso de razón recuerdo querer venir a Nueva York. Siempre le pedía a mis padres que viniéramos de vacaciones, cosa que por nuestra situación económica era imposible. Soñaba y fantaseaba que paseaba por sus calles. Conforme fui creciendo los sueños y anhelos cambiaban. Además de pasear por las calles de la *Big Apple*, encontraba el amor en ellas. Esa romántica que hay en mi interior se dejaba querer viendo los capítulos de *Sexo en Nueva York*. Aprendí inglés mucho antes que mis amigas, Alba incluida. Siempre tuve mucha facilidad para el idioma y aprendía todas las lecciones muy fácilmente.

Siendo una niña ya sentía en mi interior la necesidad, la urgencia, una fuerza en lo más hondo de mi ser que me empujaba de una u otra manera hacia este continente, y más concretamente a la costa este. No podía explicarlo y la única que me entendía cuando explicaba mis anhelos era mi querida Alba.

Ella llegó cuando cursaba quinto de primaria. Fue la chica a la que todos los niños querían ligarse. Media melena, lisa y rubia, con sus ojos color avellana y siempre una sonrisa en los labios, le caía bien a todo el mundo. A todos menos a la niña repelente de la clase, que la aborreció sin conocerla por el simple hecho de que Alba decidió sentarse a mi lado y no al suyo, la popular y repelente de la clase.

Según ella le hubiera abierto las puertas del paraíso... Hay que ver qué tontonas somos las chicas a ciertas edades.

Cuando la llamé para darle la noticia de que me mudaba a Nueva York, se alegró tanto por mí que se le escaparon algunas lágrimas. Ella sabía mejor que nadie lo que yo sentía hacia esta ciudad, pese a que no lo pudiera explicar de forma racional.

He alquilado un apartamento en la zona que más me enamora de Nueva York: Greenwich Village. Me siento Carrie Bradshaw, solo que en lugar de tres amigas entrañables tengo una que vale por diez, siempre y cuando no esté viajando por el país.

Por su trabajo pasa largas temporadas fuera de su casa. Ahora lleva dos años viviendo en la Gran Manzana y estos quince días he podido disfrutar de ella.

Mientras tanto me dedico a pasear por la isla de Manhattan, a conocer cada barrio en profundidad. Llevo solo dos semanas aquí, pero tengo previsto estar unos 6 meses... o hasta que me canse... cosa que dudo. Después volveré a casa unas semanas para estar con mis padres y pensar qué quiero hacer con mi vida.

Soy fotógrafa de profesión y quiero apuntar con mi objetivo a muchas partes del mundo. Hasta hace unos meses mis reportajes se centraban en animalillos del parque cercano a casa o como mucho moverme por mi comunidad autónoma, poco más. No me daban mucho margen de maniobra para poder hacer algo más... divertido.

“La otra” es la que siempre iba de país en país, haciendo todo tipo de reportajes mientras yo me aburría como una ostra.

Pero eso ya cambió. Ahora estoy aquí, en Nueva York, disfrutando de la ciudad que nunca duerme, de sus puestos de comida ambulante por cada esquina, del continuo ir y venir de gente, de los miles de taxis amarillos... y preparando la mochila para hacer algo de deporte.

En toda mi vida he ido una semana a un gimnasio. El día que el monitor me dijo que tenía que ir a la sala de *fitness* para hacer bici, cinta y máquinas varias para brazos y piernas, no fui más.

La verdad es que no me gustaba mucho el ambiente de cachitas presumiendo delante de las chicas de cintura estrecha (y mente

estrecha también), por lo menos eso es lo que yo me encontré en su momento. Prefiero que la gente se ría conmigo, no a mi costa. Tengo unos pechos bastante generosos, muslos grandes y no tengo mucho equilibrio que digamos... Un poco patosa sí soy, lo reconozco. Me siento bien con mis curvas, las prefiero a que se me marquen todos los huesos en la piel.

Todo eso pasó cuando tenía 19 años. Era joven e insegura y quería gustarle a un chico, que finalmente me amargó unos años de mi vida.

Ahora, con el paso del tiempo, sé que si voy a un gimnasio para hacer algún tipo de deporte voy a pasar completamente de lo que puedan opinar los demás. Al que no le guste, simplemente que no mire.

Metó todo lo que necesito: neceser, bañador y el insufrible gorro de la piscina. Lo odio.

LAS DUCHAS

Saco el iPhone del reproductor y deja de sonar *Hymn for the weekend* de Coldplay y Beyoncé. Me encanta la energía que desprende esta canción.

Cuando voy hacia la parada de metro, me llega un whatsapp de Alba: me dice que la espere fuera de la parada, que ella no tardará en llegar.

Después de dos intentos con la *metrocard*, consigo meterla por el lado correcto y espero en el andén a que llegue mi tren.

Por la vía que va hacia Uptown llega un tren y veo a través de las ventanillas una zanahoria gigante. Vuelvo a mirar: sí, efectivamente es una superzanahoria. Empiezo a sonreír. Cómo me gusta Nueva York. Les da igual que su uniforme sea de lo más estrambótico y pasearse así por media ciudad hasta llegar a su puesto de trabajo. No están para fijarse en lo que pensarán los demás y eso me encanta. Distraída pienso en que, como le queden muchas paradas hasta salir del vagón, saldrá como una zanahoria cocida. La temperatura del exterior con la de los pasillos del metro varía considerablemente, y es bochornosa ahora mismo.

Llega mi tren. Menos mal que no viene lleno hasta arriba. Me coloco de pie, cerca de la puerta, ya que solo son dos paradas.

Me fijo en las demás personas que viajan conmigo en el vagón: un hombre trajeado con un maletín y unos zapatos que tienen pinta de ser carísimos; dos chicas de diecisiete o dieciocho años mirando la pantalla del teléfono de una de ellas y sonriendo como lo que son, unas crías en la flor de la vida; al fondo veo a una mujer. Va poco aseada, con un saco cargado a cuestras del que sobresalen todo tipo de prendas y objetos, posiblemente sean todas sus pertenencias.

En la siguiente entra un tipo con un radiocasete ochentero. Lo pone en marcha y comienza a bailar cogido a una de las barras, en el suelo, cerca de mí y con movimientos sensuales. ¡Ja, ja, ja! No puedo

aguantar más y río emocionada una vez más por haber venido a esta ciudad.

Llego a mi parada y salgo feliz de estar aquí, feliz por ver lo diferente que se vive en esta gran urbe y feliz por poder disfrutarlo. Subo las escaleras y salgo a la calle. Ya está anocheciendo y Alba no tardará en llegar. Cuando voy a poner un pie en la acera me tropiezo y caigo sobre alguien, en sus brazos. Levanto los ojos mientras me disculpo y es un chico negro, guapísimo, trajeado y con maletín. Acepta mis disculpas, pero tiene esa mirada de “mira por donde pisas”. Parece que llevo un cartelito en la frente que diga: “Turista”

Me coloco en un lateral y espero. Entonces, unas pequeñas manos me tapan los ojos desde detrás de mí. Sé que es ella.

—¡Por fin llegas! Llevo media hora esperándote —miento.

—No seas mentirosa, que te visto salir de la boca del metro. Por cierto, casi te caes encima del tío buenorro ese que entraba.

—¿Quién? ¿El dios negro que me ha cogido del codo amablemente mientras pensaba “uff, casi me rompe un pie”?

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué exagerada eres, mujer! —nos reímos las dos a carcajadas.

Un par de calles más abajo entramos en un edificio y veo que en la segunda planta se encuentra el gimnasio en cuestión.

Nos acercamos al mostrador, donde una rubia con ojazos verdes y melones tiesos como un cañón nos pide nuestros carnets de socias. Alba le entrega el suyo; yo pasaré gratuitamente para hacer una sesión de prueba.

La rubia amablemente me explica las normas del centro, los horarios, los precios de los abonos por si decido hacerme socia. Después su sonrisa mengua para decirnos con cara lastimosa que por un problema mayor de última hora las duchas serán compartidas, una zona del vestuario de las chicas la ocuparán los chicos y lo mismo pasa con ciertas duchas.

Yo alucino. No sé ocultar las emociones demasiado bien y debo tener cara de susto con lo que nos dice. Soy de esas personas que tienen una cara fácil de leer.

Según parece, el vestuario de los chicos se ha inundado y no han conseguido que lo dejen listo para hoy. Nos aclara que hay unos biombos/cortinillas que separan la zona donde se duchan los chicos de la zona donde lo hacen las chicas.

Directamente le digo a Alba que prefiero ducharme en casa cuando lleguemos. Hoy dormimos juntas. Ella, feliz, me dice que no, que se duchará aquí porque no le importa y no quiere ir con el pelo lleno del cloro de la piscina. Y si hay esos biombos no hay posibilidad de que nadie del sexo masculino la vea desnuda.

Llegamos a los vestuarios. Veo al final en la zona de las duchas los famosos biombos/cortinillas y lo único que se ve por debajo son pies y algunas piernas masculinas cubiertas de vello. La zona de las taquillas es enorme. No entiendo por qué, ya que tampoco he visto a tanta gente en las instalaciones, la verdad, así que no temo que “alguien” traspase la “línea” entre una zona y la otra. Empiezo a desnudarme para ponerme el bañador, con el gorrito de las narices y las chanclas.

Voy hacia los espejos cerca de las duchas y compruebo que el pelo está dentro del gorro. Hay un mechón revoltoso de la nuca que se ha quedado fuera. Lo meto dentro del gorro. Y el bañador también está bien colocado, todo en su sitio.

Por el hilo musical suena *Alive* de Sia y empiezo a tararearla.

Alba se hace una pequeña cola con su pelo rubio y se coloca el gorro con una facilidad pasmosa. ¡Qué *jodía!*

—¿Lista? —pregunta con una sonrisa.

—¡Por supuesto! —Le saco la lengua y arrugo la nariz. Sabe que no me gusta hacer deporte.

Entre nosotras hablamos en español, me sale por naturaleza. Mi inglés no es malo, pero llevo mi acento por todas partes.

Nos encaminamos hacia la salida que da a las piscinas, pasando cerca de la zona habilitada para los chicos. Se escucha a uno cantar. Digo cantar por decir algo, porque vaya berridos que está dando. Otros están hablando de la fiesta de este viernes.

Llegamos a la puerta y salimos al caluroso y húmedo espacio de las piscinas cubiertas. Hay dos: una honda y otra de solo ciento treinta centímetros de alto especial para hacer ejercicios y nadar.

Hay unas diez mujeres dentro, y dos chicos y la monitora en la zona de fuera. Esta está preparando, supongo, la música para los cincuenta minutos siguientes.

Vamos a las duchas que hay al fondo para rociarnos antes de entrar en el agua y veo que también hay unas saunas en esa zona. Las instalaciones no son muy nuevas, pero las mantienen bien y limpias, que es lo importante.

Entramos en los agradables veintiséis grados del agua y nos vamos deslizado hasta colocarnos en la parte central, donde están todos los demás.

Alba quiere colocarse delante, pero la retengo y nos quedamos en una agradable tercera fila. Justo detrás de mí está la línea que separa el resto de los carriles de la piscina, habilitados para nadar.

Hay tres ocupados, el más cercano a nosotras está libre.

Empieza la clase. La monitora nos lanza unas pesas para que nos las coloquemos en los tobillos y en las muñecas. Una escapa entre mis manos y la cojo con los dedos de los pies, por no meter la cabeza bajo agua y cogerlo con las manos.

Ahora sí, la coloco correctamente. Empieza la clase con una versión tecno de *Hello* de Adele. La monitora nos va enseñando los pasos, a ella le salen estupendamente bien.

Alba me mira para ver cómo voy. Le guiño un ojo y sonrío para decirle que me voy defendiendo con la clase. ¿Tan poca confianza tiene en mí? Si acabamos de empezar y ya cree que no voy a ser capaz de seguir estos pasos, no sé qué espera que haga cuando llevemos diez minutos más.

Seguro que ha visto cómo se me caía la pesa. ¡La madre que la parió, está en todo!

Empiezo a notar el calorcito en los músculos y la respiración acelerarse. Todavía la controlo bien, no es tan agotador como pensaba.

Me gusta el aqua zumba. Alba se pondrá contenta cuando le diga que quiero repetir.

Sigo bailando y sin darme cuenta me he ido echando hacia atrás, tanto que la tira que separa los carriles de natación está pegada en mi espalda. De repente, algo me da en la nalga derecha.

Me giro y veo que hay un chico nadando. Consigo ver sus hombros, fuertes y musculosos. Un tatuaje en el hombro izquierdo, moreno, nada a estilo mariposa, el agua resbalando por su piel... Se me acelera el pulso. Me sorprende a mí misma pensando en cómo será el resto de su anatomía. Me esfuerzo en parar el ritmo que están tomando mis pensamientos.

Definitivamente llevo mucho tiempo sin tener sexo, sin tener un orgasmo, y mi cuerpo empieza a pedirme uno a gritos.

Seguimos con los movimientos, las patadas, los puños, varios movimientos sexys de cadera, y llegamos al final de la clase. Ahora toca relajarse y estirar. Empieza a sonar *Chocolate* de Kylie Minogue, mientras hacemos los estiramientos antes de salir. Hasta hace tres días me encantaba esta canción, ahora me sigue encantando, pero me hace pensar en unos ojos azul turquesa y en una sonrisa carnosa.

He soñado con él dos noches. Es lo que tiene leer en la cama a Katy Evans e imaginarme a mi Remy particular tocándome el cuerpo mientras pasan las páginas.

Acaba la canción y Alba me mira con cara rara.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada —le digo. Me sorprende su pregunta.

—Pues tu cara dice lo contrario.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Catherine, estás roja como un tomate y antes de los estiramientos no estabas así.

¡Mierda! ¿Tanto se me nota? No puede ser, solo he pensado en él ¿cuánto? ¿Media canción? ¿Tres cuartos de canción?

—Será por el esfuerzo, ¿no? ¿Cuánto hace que yo no hacia deporte? —digo defendiéndome.

—Si tú lo dices, bonita. Estás rara.

—Alba deja de ver donde no hay. Tendrías que ser escritora con esa imaginación que tienes —ella se ríe y yo la sigo.

Salimos del agua, comentando qué nos ha parecido la clase. Una de las chicas que había delante se queja de lo floja que ha sido la sesión. Los chicos, por el contrario, parecen estar encantados con la monitora, su clase y sus tetas rebotonas. Menos mal que nos hemos puesto detrás.

Nos dirigimos a la zona de taquillas a por las toallas. Alba coge de su maleta todo lo que necesita para la ducha mientras yo espero en un banquillo y me voy secando.

Lo hago despacio para no desvestirme delante de las dos modelos que tengo delante. Parecen simpáticas. Me han sonreído un par de veces mientras le decía a Alba que no me iba a duchar aquí. Ellas tampoco lo han hecho.

Por fin se van. Me quito el bañador como puedo sin que se me caiga la toalla que envuelve mi cuerpo. Entonces escucho de lejos unas carcajadas de hombres, allí al final del pasillo, en la “zona de biombos”. “Bromas de chicos”, pienso para mí misma.

Una vez fuera el bañador me doy prisa en secarme lo mejor que puedo antes de ponerme el sujetador de color rosa palo, con aros, sin relleno, sencillo y que se adapta bien a mis pechos abundantes.

Sigo por las piernas pensando en que tendré que buscar un centro de estética que me guste para ir a depilarme. Todavía no se notan los pelitos, pero no tardarán en salir cual tallos de mala hierba.

Me seco bien las piernas, los pies y busco la ropa para vestirme. Saco una camiseta del mismo color que los sujetadores, con una libélula plateada en el centro, un *culotte* rosa con un poco de encaje en la parte delantera y unos tejanos que me hacen culazo. Me encanta como me quedan.

Ahora las sandalias planas. Aunque tenga unos cuantos ceros en mi cuenta bancaria, todavía no me he acostumbrado al hecho de que puedo gastar, cosa que no hago. Sigo actuando como cuando dependía de mi sueldo. Nunca he soñado con tener tanto dinero y me gusta seguir siendo yo misma, en todos los sentidos: comprar en el Zara, H&M..., en los mismos sitios a los que solía ir “antes de”. Disfruto ayudando a los que más lo necesitan. Colaboro con varias fundaciones y asociaciones, hice donaciones a varias de ellas y me preocupo porque no le falte de nada a una familia de Mauritania que vive en mi barrio de siempre. Sin contar que espero que ese dinero me sirva para no

tener que depender de un trabajo que me obligue a dejar a mis hijos, el día que los tenga, en una guardería. Siempre he sabido que quiero ser madre, a ser posible una madre joven, y quiero poder disfrutar de la crianza de mis hijos. Mi madre lo pasó muy mal cuando yo era pequeña: tenía que dejarme aquí y allá para ir a ganar el dinero que nos daba de comer. Mi padre no tuvo mucha suerte en el trabajo y normalmente era ella la que nos mantenía a los tres.

Consigo quitarme el gorro maldito sin arrancarme la cabellera y me voy hacia la zona de los espejos con mi neceser. Le doy una voz a Alba para que no tarde más de la cuenta. Me dice que se acaba de poner la mascarilla en el pelo. ¿Será?

Cuando llego a los tocadores, me arreglo el pelo lo mejor que puedo y me hago una cola alta de caballo. Aun así, las puntas de mi negra melena llegan a media espalda. Me miro detenidamente la cara. Antes apenas tenía tiempo para hacerlo. Tengo una piel sana y todavía dura el bronceado de verano. Soy morena, pero con unos rayos extra, mejor. Saco del neceser la crema facial y me la aplico tranquilamente.

Cojo los pendientes, dos finos aros de oro, me pongo el derecho. Cuando voy a coger el otro para colocármelo en la oreja izquierda, me resbala de los dedos y sale rodando por el suelo hasta pasar por debajo de los biombos, a la zona de los chicos.

¡¡Diossss!! ¿Cómo puedo ser tan torpe? ¿Ahora qué hago? No quiero perderlo, me los regalaron mis padres cuando cumplí los veinticinco.

Escucho atentamente, pero no oigo a nadie hablar. Me acerco poco a poco al biombo en cuestión. Al final del pasillo a mi derecha están las duchas y Alba en una de ellas, con la mascarilla en el pelo seguramente.

Miro a un lado y a otro de la zona de las chicas y me agacho.

Me agacho y me acerco más al biombo. Voy mirando sin ver pies ni piernas peludas de ningún tío, ni el dichoso aro de oro.

Decido arrodillarme y meter un poco la cabeza por debajo antes de pasar la mano y palpar a ver si doy con el pendiente. Cuando ya estoy de rodillas paso la cabeza por debajo, con cuidado de no chocarme la cola contra el biombo y tirarlo entero. Escucho un chorro

de agua a presión. No sé si había alguna chica más o es Alba poniendo en marcha su ducha para aclararse el pelo, eso espero.

Paso la cabeza, empiezo a levantarla y veo las duchas justo delante de mí. Y en la primera, sin ningún tipo de cortinilla ni toalla que tape, una espalda musculosa, bronceada, un tatuaje en el hombro izquierdo, cuello ancho y fuerte. Volviendo a bajar por la maravillosa espalda, mis ojos se quedan mirando un fabuloso, que digo fabuloso, un culo perfecto, redondo, fuerte, prieto... Mmmmm.

No sé cuánto tiempo pasa: segundos, minutos, años. Me quedo encantada mirando. Entonces escucho una voz ronca y fuerte que me llega por mi lado izquierdo.

—Espiendo, ¿eh?

¡Dios mío de mi alma! ¡¡No!! ¡¡¡Me-han-pillado-literalmente!!!

Mientras acaba la frase veo que la figura de la ducha se mueve. Pierdo de vista el maravilloso culo y empieza a darse la vuelta. Solo consigo ver unos ojos azul turquesa, con gotas de agua que caen del pelo negro y mojado que tiene en la frente. Su mirada fija en mí, mientras sus manos siguen repartiendo jabón por su duro, musculoso y fuerte cuerpo. Clava su penetrante mirada en mí mientras empieza a formarse una divertida sonrisa en su preciosa boca.

En mí, ahora que estoy a cuatro patas, de rodillas en el suelo, debajo de un biombo que separa la zona de chicos y chicas del gym.

Es ÉL. Sí, él, el mismo dios que miró mi libro, que me comió con la mirada y ahora está mirándome fijamente, alucinando con lo que estoy haciendo. Se gira completamente y lo veo entero..., entero, entero. De arriba a abajo, pasando por toda su longitud. ¡Y qué longitud, OMG!

Son segundos, pero mi cuerpo no reacciona, no se qué decir. Veo unas piernas que aparecen por mi izquierda. Se agacha, menos mal que va con el bañador puesto. Es pelirrojo, ojos verdes y con una agradable y blanca sonrisa. Entonces me pregunta:

—¿Has visto algo que te guste?

—Sí. ¡Digo no! Estoy buscando mi pendiente. Se me ha caído y ha venido a parar a este lado. Pensaba que no habría nadie porque no escuché ningún ruido y decidí mirar a ver si lo encontraba.

¿Por qué? ¿¿¿Por que??? ¡¡¡Qué vergüenza más grande, Dios mío!!!

Y mientras todo esto va pasando, yo sigo ahí de rodillas, con la cabeza en un lado y el cuerpo en otro. Mi cerebro, en el cielo con los unicornios de crines de colores saltando de una nube a otra. Los pensamientos coherentes no llegan y no me muevo.

De pronto, mientras miro al pelirrojo, algo me toca la nariz.

Mi pendiente. Mi pendiente en los dedos grandes y fuertes del moreno de ojazos de mis sueños.

Me mira curioso y con una gran sonrisa. Ahora ya no está desnudo, tiene una toalla alrededor de su cintura, pero al agacharse podría verle de nuevo sus encantos. ¡Y qué encantos!

Lo miro a los ojos fijamente, con la boca entreabierta sin saber qué decir, y escucho un grito detrás de mí.

—¡Ahh! ¿Cath? ¿Eres tú? ¿Qué haces en el suelo a cuatro patas?

—Ahora te lo explicaré, Alba —le digo esperando no ponerme más nerviosa y más roja de lo que ya estoy.

Él sigue mirándome.

—¿Esto es lo que buscabas? —me pregunta con un guiño en sus ojos, como si realmente no se refiriera al pendiente que sujeta entre sus dos dedos y sí a otra cosa.

Asiento sin decir palabra.

—Ya que he sido yo quien lo ha encontrado, te lo daré si me enseñas que tienes el otro.

Cabrón... Se está divirtiendo con esto.

Giro la cabeza para que pueda ver que tengo puesto el otro pendiente.

—Esta bien, te creo. —Serás hijo de...—. Como parece ser que no tienes buen pulso, mejor te lo guardo mientras tú y tu amiga salís. Te lo doy en la entrada, ¿te parece bien?

Sin querer decir que sí, mi cuerpo hace lo que le da la gana y de mis labios sale un sí, suplicante, casi como un gemido.

Se le oscurecen los ojos. Sus pupilas ocupan gran parte del azul turquesa ante mi respuesta. Cuando mi cerebro registra lo que acabo de

decir y cómo lo acabo de decir reacciona —a buenas horas—. Me giro, saco mi cabeza por debajo del biombo y vuelvo al lado donde se encuentra el resto de mi cuerpo.

El resto de mi cuerpo y Alba con la boca desencajada y unos ojos a punto de tener el tamaño de unas pelotas de golf de lo abiertos que están.

—Catherine, ¿me lo explicas ya? —empieza a sonreírme mientras me levanto y sacudo las pelusas invisibles de mis rodillas.

Cuando empiezo a caminar escucho su voz.

—Te espero afuera, morena.

Me tapo la cara con ambas manos y Alba empieza a partirse de la risa.

—¿Por eso no vas a los gimnasios? ¿Te tienen prohibida la entrada por acosadora? ¡Ja, ja, ja!

No puedo evitar reírme yo también.

—¿Lo conoces de algo?

Le explico brevemente nuestro encuentro casual en el vagón del metro hace dos días, sin darle muchos detalles de cómo es y cómo está él. Espero impaciente a que ella se peine. Mientras yo estaba de rodillas pasando el mayor ridículo de mi vida se ha vestido, con un tanga y un vestido mini. Normal que tarde poco en ponerse tan poca ropa.

—¡¡Qué fuerte, Cath!! ¿Te das cuenta de que esto podría ser una historia de amor maravillosa? —dice emocionada.

—¡Estás flipando, tía!

—Lo encuentras en el metro, ahora aquí en el gym. ¿Qué probabilidades había de que volvieras a encontrártelo en una ciudad como Nueva York? Hay más posibilidades de que te toque la lotería. ¿o no? Que eso ya te ha pasado —y sigue riéndose a carcajadas.

—¡Alba, ya vale! Solo quiero recuperar el pendiente que me falta e irnos ya a casa.

—Hablarás con él, ¿no? ¿O te va a devolver tu pendiente y nos vamos a ir como si nada?

—Alba, acabo de verlo desnudo, integral. Me arden las mejillas y mi mente no procesa bien. No sé ni cómo mirarle a la cara cuando

salgamos de los vestuarios. Y encima me ha pillado el otro, el pelirrojo buenorro.

—¡Ah! ¿Que viene acompañado? —Está a punto de dar palmas de alegría.

—No lo sé, solo sé que los he escuchado reírse juntos cuando me he girado y me he levantado. ¡Qué bochorno!

Recogemos nuestras cosas, las guardamos en nuestras bolsas de deporte y nos dirigimos a las puertas de salida del vestuario.

Alba va dándome pellizquitos en el culo. Lo único que consigue es ponerme más nerviosa mientras ella va tan tranquila.

El pasillo se va acabando. Pasamos por delante de la sala de fitness. Hay varias personas todavía entrenando. Nos vamos acercando a recepción y ahí está él, apoyado en la máquina de refrescos energéticos, con una botella en la mano, bebiendo a morro de esta y su bolsa de deporte tirada en el suelo a sus pies.